

## SINOFOBIA A LA VUELTA DE SIGLO: LA MATANZA DE CHINOS EN TORREÓN, MÉXICO

Julio Enríquez Ornelas  
Millikin University

---

**E**n *La casa del dolor ajeno* (2015) de Julián Herbert y *The Chinese in Mexico 1884-1940* (2010) de Robert Chao Romero se re-escriben aspectos poco sabidos del fin del porfirismo (1876-1911) y del inicio del periodo revolucionario en México. Ambos autores se enfocan en el año 1911, el momento preciso en el cual la sinofobia y un tendencioso y malentendido discurso nacionalista alimentado por ciertos intereses económicos, políticos y sociales se manifestaron violentamente en contra de la comunidad china afincada en Torreón, Coahuila. Cabe mencionar que dicho año señala un periodo de transición en donde se pueden ubicar acontecimientos inexplorados y que se encuentran al margen de la historia oficial mexicana. El acto de desafío en la re-escritura que Herbert y Chao Romero llevan a cabo entre esos huecos, grietas o limbos de la historia es contextualizar la matanza en Torreón, a la que algunos han llamado “el pequeño genocidio chino”, frase irónica a la que el propio Herbert alude en el subtítulo de su obra. El hecho es que entre el 13 y el 15 de mayo de 1911, fuerzas revolucionarias leales a Francisco I. Madero masacraron brutalmente a 303 inmigrantes chinos. De esta manera, aniquilaron a una de las comunidades chinas más prósperas de América Latina. Este acto xenófobo es considerado como el exterminio más grande de inmigrantes chinos y sus descendientes en el continente y, sin embargo, ha permanecido al margen de la historia oficial del periodo.

Por este motivo, Herbert y Chao Romero reescriben y re-contextualizan la historia mexicana al incluir dicho evento en su propia versión de la historia del periodo. Señalando los puntos de contacto entre ambas re-escrituras de la masacre, me interesa analizar cómo dichos autores negocian este evento y cómo la respectiva identidad nacional de ambos autores impacta el enfoque y la ubicación de sus perspectivas al escribir sobre un mismo evento histórico. Herbert nace en México, vive en Coahuila y escribe en español; Romero es un chicano de ascendencia chino-mexicana que vive en el sur de California y escribe en inglés. A pesar de esto, ambos sitúan sus textos dentro de una misma temporalidad transnacional. En este ensayo, arguyo que ellos no enjuician las acciones de los revolucionarios maderistas, pero sí re-escriben tal evento e imaginan un México finisecular a través de la sinofobia por medio de distintos géneros literarios: Herbert opta por la hibridez de la crónica y Chao Romero por el estudio histórico. Es importante acotar que por medio de la crónica se logra crear un discurso más complejo, o con más matices entre la ficción y la no ficción, al momento de articular el evento, la matanza de chinos en Torreón.

En *The Contemporary Mexican Chronicle: Theoretical Perspectives on the Liminal Genre*, editado por Ignacio Corona y Beth Jörgensen, se establecen diversas definiciones sobre lo que es o podría ser una crónica. De acuerdo a Corona, dicho género suele considerarse entre críticos literarios como un género híbrido, ya que se ubica de manera simultánea en el periodismo, los

estudios culturales, la literatura, la historia y la sociología.<sup>1</sup> En este mismo volumen, Dante Medina explica cómo:

The chronicle urges us to see where we went wrong: it registers tragedy and joy, moments of glory and times of misery, monuments of artistic heights and human meanness; it registers with desperate haste so we don't forget that a quiet calm is required if we wish to go back to the beginning, to the time we when we could have avoided making the error that now the chronicle—which always comes after the oracle—tells us so urgently with its customary patience. (48)

De igual manera, Rosanna Reguillo explica cómo dentro de una crónica se observa la manera en que:

The event, the character, the story lose their singularity and turn into a collective memory, a shared testimony of what binds us together in misery, in grief, in celebration, in pleasure. An inverted portrait of the characteristics one makes out with squinted eyes. The chronicle reconstructs social dialects; and by lowering the barrier between the objective and the subjective it spreads out in story form. (55)

De acuerdo a Herbert, su texto es “una antinovela histórica: sobrescritura: un caldo de prefijos como huesos para dar sabor a un graso campo literario donde la carne se acabó” (20). De esta manera, el mismo autor reconoce que su texto predomina o está compuesto de prefijos, lo cual se entiende como un algo inacabado, en proceso, sin final o solución. Basándome en las definiciones mencionadas, el texto de Herbert se puede interpretar como una crónica ya que tiene elementos de la novela histórica, historia, testimonio y periodismo. De manera metaficticia Herbert relee archivos históricos, documentos del México de principios de siglo y visita el sitio mismo de la matanza. Colocándose explícitamente en el presente, Herbert intenta entender el pasado centrado en la matanza, aunque a lo largo del texto incorpora su narrativa personal durante el proceso de “investigación creativa”. En ese proceso de investigación también incluye registros lingüísticos populares del México actual.

De manera similar, el historiador Chao Romero en su estudio transnacional considera la matanza en Torreón como “the worst act of violence committed against any Chinese diasporic community of the Americas” (154). En su análisis histórico, Chao Romero también traza la relación entre México y los Estados Unidos por medio de la migración de los chinos a México y propone que los chinos en sí son los primeros inmigrantes indocumentados, ya que formaban parte de una red transnacional entre China, Estados Unidos, México y Cuba. Quizá el aspecto más sobresaliente del estudio de Chao Romero es hacer un llamado a la inclusión de los chinos y la ampliación de la visión que se tiene con respecto a la mexicanidad y el mestizaje en México, ya que no se han tomado en cuenta las aportaciones culturales ni sociales de los chinos. Además, Chao Romero apunta hacia una necesidad de ampliar el campo de los estudios centrados en lo chino-latino dentro de un contexto estadounidense debido a que ambos grupos, desde el siglo diecinueve, han sido parte de la misma historia y comunidad transnacional aunque se perciban como dos comunidades distintas.

Herbert afirma que, en efecto, la masacre ha sido uno de los actos más grandes de “antichinismo” en México, pero también aclara que “no inició con la matanza de Torreón y tampoco concluyó con ella. Antes del pequeño genocidio, la fantasía de aniquilación campeó en la prensa, las conversaciones de café, los chistes, las leyes, la segregación, las manifestaciones públicas y el vituperio, hasta llegar a los golpes” (104). Por lo tanto, Herbert al igual que Chao Romero centra su texto en dicha matanza, y también destacan cómo a lo largo de la historia mexicana han existido otros momentos en los que se persiguió a los inmigrantes chinos.

---

<sup>1</sup> Ver Ignacio Corona, “At the Intersection: Chronicle and Ethnography,” p. 124.

En este ensayo es necesario entender la crónica partiendo del estudio, ya citado, de Corona y Jörgensen, en el que se presenta una teorización y definición de la crónica como género. Corona explica que el cronista en sus construcciones discursivas de la realidad cultural tiene la libertad de narrar o embellecer su narrativa y puede elegir de una gran variedad de campos culturales, temas y eventos sin ninguna restricción disciplinaria (139). Corona indica cómo las únicas limitaciones impuestas por la crónica son la ubicación cultural, el aspecto periodístico, es decir, la elección del lenguaje, brevedad o nivel técnico; es este discurso creado por el cronista que transforma el mismo evento. Según Corona, “the author’s narrative focus is on what is revealed to him or her through a careful observation of the surface of things. The focus and tone of the narration will suggest that particular meaningfulness of things and events” (139). Esto se puede resaltar en la crónica de Herbert, quien a lo largo de esta no solo lleva a cabo una observación superficial, sino que también se adentra en la cultura para así crear un minucioso discurso crítico proveniente de su interior.<sup>2</sup> Por otro lado, el texto de Chao Romero es un texto académico de corte tradicional e interdisciplinario. De hecho, el trabajo de Chao Romero es uno de los discursos que informan y nutren la crónica de Herbert. Por lo tanto, constituye una de las fuentes referenciales para Herbert que también sirve como texto de comparación al abordar el mismo evento desde otro género. En otras palabras, comparar ambos textos permite resaltar las posibilidades y complejidades narrativas de la crónica de Herbert.

Tanto en el texto de Herbert como en el estudio histórico de Chao Romero existe un paralelismo en la explicación del evento, ya que ambos siguen una visión foucaultiana de la historia. Beth Jörgensen señala que para Foucault el documento produce su propio objeto y determina lo que existe como evento (72). Es decir, por medio del proceso de investigación o proceso de coleccionar materiales culturales el escritor le va dando forma a su discurso sobre lo que fue el evento del cual se intenta escribir. Jörgensen afirma cómo el papel foucaultiano del historiador o el escritor de no ficción: “...has no object to discover, but only documents or discourses from which to draw inferences of the past. In consequence, skepticism toward what we know about the world and how we know it pervades literary writing and the history, historiography and journalism...” (72).

Partiendo de los planteamientos de Corona y Jörgensen sobre la creación discursiva de un evento en torno al pasado examino cómo es que Herbert y Chao Romero rescatan el mismo evento olvidado al apropiarse producciones culturales que han sido ignoradas y las incluyen en su discurso, creando una versión alterna a la historia oficial de la Revolución Mexicana. Sostengo cómo el “deseo sublime” de Herbert y Chao Romero de desestabilizar el discurso histórico oficial y la imaginación cultural de la Revolución Mexicana se ve permeado por su ubicación actual. Amy J. Elias define el “deseo sublime” dentro de las producciones culturales postmodernas de la siguiente manera:

Postmodernity, if it exists, attacks the belief that humankind can perceive or understand anything beyond the language that defines it or the culture it constructs (and that constructs it in turn). Post-modernity retains one idea common to the other two phases of intellectual history—namely that history is chaotic—but it loses faith that a supra-historical vision of that history, either by God or by man, is possible. What seems to result in postmodern historical fiction is construction of, or desire for, the historical sublime, which is a kind of warmed-up or negative idealism: it is a weak hope and desire that history, the space of ontological order, exists somewhere, but also the belief that human history will never reach it. (160)

De acuerdo a esta definición, un escritor desestabiliza el discurso oficial de la Historia al igual que la imaginación cultural debido a su deseo de re-escribir algún aspecto omitido por la historia oficial;

---

<sup>2</sup> Ver Corona p. 146 y p. 150.

en este caso, tanto Herbert como Chao Romero se encuentran re-escribiendo la masacre de Torreón para dar cuenta de la exclusión de esta en la historia oficial mexicana.

De acuerdo a Elias, para el escritor actual—el cual se sitúa dentro de una imaginación postmoderna, postraumática y metahistórica—aproximarse a la historia no se basa en un conocimiento que se aprende ni uno que le pertenece una vez aprendido, ya que la historia es algo que es sabido, nunca se aprenderá y debido a eso es algo que solamente se desea: “For the postmodern, posttraumatic, metahistorical imagination, history is not knowledge we learn and “own” once we learn it; rather, postmodern arts and sciences posit that history is something we know we can’t learn, something we can only desire” (xviii). En otras palabras, aunque Herbert y Chao Romero intenten aprehender el pasado por medio de los textos y documentos, este objetivo siempre será imposible, algo que se asemeja a la visión foucaultiana de la historia. Siguiendo a Elias, dentro de una visión postmoderna se entiende que la imaginación metahistórica se enfrenta con el caos de la historia y añora algo más, lo que genera una lucha constante para darle sentido a la historia, aunque en el fondo se está convencido de que tal certeza es un sueño racionalista imposible.<sup>3</sup>

Partiendo de la lógica de Elias se puede apreciar el deseo sublime de Herbert y Chao Romero; escribir su versión de la historia es en sí un acto contradictorio, ya que dentro de la visión posmoderna se sabe que no existe verdad alguna y que toda verdad está hecha por cierto discurso que permite afirmar cualquier verdad deseada. Por ejemplo, a través del contexto de ambos textos, se logra ver cómo los revolucionarios no fueron del todo héroes y los textos le señalan al lector mexicano que no es la única víctima de lenguaje racista ni es el único rechazado en países extranjeros; por medio de ambos textos el deseo más grande de los escritores es hacerle ver al mexicano otro reflejo de sí mismo a través de su re-escritura de la historia nacional. Es ahí donde los textos como materia de conocimiento pasan a ser textos en los cuales se ve un intento generado por este deseo sublime. Dentro del pensamiento postmoderno, es precisamente esta construcción de discurso la que lleva a la imposibilidad de una verdad definitiva. En Herbert puede verse un paralelo con el concepto de Elias cuando este discute en su texto la memoria y el olvido: “Siempre es más fácil destruir la memoria que restaurarla. Y eso es una tragedia pero también una bendición. Después de todo el impulso biológico es ciego y sordo y carece de lengua: es presente puro[...] El olvido está más cerca de la naturaleza que nosotros” (132). En otras palabras, la tragedia y bendición es poder destruir la memoria, lo que Herbert entiende por olvidar—que en sí es el acto de recordar el pasado desde otro punto de vista—implica dejar atrás ciertos aspectos del pasado. Interpreto que en sus intentos de dialogar y re-escribir el pasado, ambos autores hacen un regreso hacia la ubicación de su experiencia actual en donde alcanzan cierto entendimiento del presente y no del pasado.

En los textos de Herbert y Chao Romero, lo que se intenta es mostrar que la sinofobia y la violencia étnica estuvieron presentes en el pasado de México. Sin embargo, existe una contradicción en el intento de ambos porque nunca podrán saber ni entender en su totalidad lo que fue ese pasado deseado. Aunque ellos intentan plantear sus textos como una versión de la realidad anteriormente olvidada, la contradicción actualmente yace en que la sinofobia seguirá y habrá lectores que negarán esta re-escritura o simplemente habrá muchos otros a quienes no les interese cambiar su visión nacionalista de la Revolución Mexicana que celebra la victoria militar. Como lo señala Chao Romero, las campañas anti-chinas en México han sido un momento oscuro en la historia de este país, el cual oportunamente se ve olvidado:

“Accounts of the massacre of Torreón and the organized sinophobic campaigns are conspicuously absent from traditional historical narratives of the Mexican Revolution.

---

<sup>3</sup> Ver “Metahistorical Romance, the Historical Sublime, and Dialogic History” de Amy J. Elias para una explicación más a fondo sobre la relación entre posmodernidad y romance metahistórico, p. 165.

According to ‘official’ Mexican history, the Revolution was a heroic and patriotic social and political movement that expunged oppressive American and European capitalists interests from Mexico”. (188)

De igual manera, y ya en un contexto actual, Herbert verifica que en 2010 se hizo una placa para conmemorar las vidas de la comunidad china en Torreón; esta placa días después fue arrancada de su lugar para luego ser escupida y tirada en el piso. De nuevo, la contradicción en la reescritura del pasado histórico es que aunque se intente dar cuenta de atrocidades xenófobas, en el presente siguen vigentes dichas actitudes. Para agregar a esta paradoja histórica Elías explica que el escritor muchas veces está consciente de la latente contradicción en su escritura cuando se relata el pasado en el presente, algo que ella entiende como un diálogo con la historia:

Yet we strive to have a dialogue with history, perhaps because we perceive it to be not a thing or a sterile collection of written texts but rather a cacophony of voices of living beings who preceded us in time. If we hear and perceive history as human voice, then there is an odd logic to why we pursue a dialogue with the past, though clearly, since those voices cannot engage with us on their own terms in the present, there can be no real dialogue with them for us. What I perceive to be a yearning for the sublime space of History in metahistorical romance is, however, this movement towards the voices of the past, this desire to engage in a living dialogue with these once-living voices and thus to form ourselves and our reality anew. (169)

En ambos textos, se intenta entablar un diálogo con esas voces del pasado que informan cómo el desprecio y racismo hacia los chinos no surgió de la nada el día de la matanza. Herbert afirma que “El primer chino asesinado en México data de 1881: en umbral de la firma del Acta de Exclusión en los Estados Unidos” (104). Ambos señalan desde un análisis transnacional que el surgimiento de inmigrantes chinos y el rechazo que surge hacia ellos en México se ejemplifica en el acta de exclusión de 1882; por medio de esta ley se les negaba la entrada a los chinos a los Estados Unidos a través de los puertos en San Francisco y a raíz de estas ideologías eugenésicas se privilegiaba la llegada de inmigrantes de países europeos y no de China. Como resultado, según Chao Romero, miles de chinos al serles negada la entrada a California se fueron a México. De acuerdo a Chao Romero, los chinos son los primeros inmigrantes indocumentados y para 1910 más de 60.000 chinos habitaban todos los estados mexicanos con la excepción del estado de Tlaxcala. En aquel entonces muchos de los inmigrantes chinos encontraron éxito económico al hacerse comerciantes de tiendas de abarrotes.

Además, Chao Romero explica que el gobierno porfiriano parece haber estado de acuerdo con los miembros de la clase alta en México, quienes veían la labor de los trabajadores migrantes chinos como una ruta viable para llenar la falta de empleados en la industria y la agricultura. Por consecuencia, el gobierno federal mexicano en 1899 firma un tratado de libre migración de chinos a México; quizá debido a esto, años más tarde el gobierno reevalúa su posición hacia los migrantes chinos.<sup>4</sup> Por otro lado, lo que afirma Herbert sobre el primer asesinato de un chino en México es una muestra de cómo los migrantes chinos nunca fueron completamente bienvenidos en México. La crónica de Herbert está basada en gran parte en el estudio de Chao Romero, así que es posible argüir que al dejar a un lado el papel del gobierno porfiriano en la inmigración china, Herbert intenta contradecir a Chao Romero.

Herbert coincide con Chao Romero en que los mexicanos abiertamente celaban el éxito económico de los chinos, y que aunque hubo esfuerzos por parte del gobierno de promover la inmigración a México, se seguía un modelo similar al de los Estados Unidos, en el cual se daba

---

<sup>4</sup> Ver Chao Romero p. 189 para leer más sobre el gobierno porfiriano y los inmigrantes chinos.

preferencia a inmigrantes europeos. Aunque estos fueron intentos que formaron parte del plan de modernización del porfiriato, al no poder atraer en gran escala a inmigrantes europeos, el gobierno mexicano optó por incluir a los inmigrantes chinos para así satisfacer la demanda laboral (Chao Romero 26). Aunque el gobierno permite la llegada de inmigrantes a México, la ideología racista y el desprecio a los chinos tomaba visibilidad en los periódicos locales, en los cuales se publicaba propaganda que no favorecía el mestizaje entre mexicanos y chinos. La sinofobia era tan grande por parte de los mexicanos que no se permitía el matrimonio interracial, debido a que los mexicanos consideraban a los hombres chinos poco confiables, tacaños y consumidores de opio. Los consideraban personas que se negaban a asimilarse a la cultura mexicana y aprender el idioma oficial nacional; por esto les parecían poco confiables desde una visión nacionalista mexicana. Chao Romero explica cómo este racismo llega a normalizarse entre las distintas clases sociales:

The organized anti-Chinese campaigns were spearheaded by disgruntled Mexican merchants and embraced by members of the working class of northern Mexico. To garner a broad-based support for their movement, anti-chinistas couched their complaints against the Chinese in terms of revolutionary economic nationalism. They asserted that the Chinese had become rich at the expense of humble Mexicans, blamed the Chinese for the depreciation of Mexican currency and rising food costs, and chided Chinese immigrants for their occupation of categories of employment traditionally reserved for Mexican women. (188)

Chao Romero destaca que la sinofobia no surgió de la élite porfiriana—exculpándolos implícitamente de toda responsabilidad— y apunta a un surgimiento de esta visión xenófoba dentro de la clase comerciante. Por otro lado, según Herbert el surgimiento de la sinofobia en México sucedió en un orden distinto, comenzando desde la clase alta intelectual y no desde la clase comerciante como lo señala Chao Romero:

[...] la sinofobia repitió en México el esquema geográfico y político de su expansión en Estados Unidos. Primero se desarrolló un antichinismo intelectual y burgués más o menos fantástico; luego este prejuicio fue secundado por gobiernos provinciales, enseguida federales y, años más tarde (a partir de 1906), la ideología se complementó con la xenofobia pragmática de las clases populares. (99)

Así, bajo un velo patriótico se encontraba el deseo de arrebatarse el país a la élite mexicana y a los adinerados extranjeros quienes habían perdido contacto con la realidad del proletariado. Es por esto que miles entre la clase social baja estuvieron dispuestos a sacrificar todo para tomar el poder bajo el liderazgo de quienes se recuerdan en la historia mexicana como los héroes revolucionarios.

Este grupo de proletarios armados no hizo nada más que desatar su frustración y coraje contra un sistema político del cual no se veían beneficiados. Al llegar a Torreón, vieron como opción a su frustración aniquilar a los habitantes del barrio chino, quienes ya habían adquirido poder económico y ascendido entre la élite de esta ciudad. Según Chao Romero, entre la población “sinophobia developed into a patriotic expression of the Mexican Revolution, and the Chinese became open targets for murder, robbery, looting, boycotts, invidious legislation, and ultimate expulsion from the state of Sonora in 1931” (188). La crónica de Herbert narra cómo después de los sucesos horribles de 1911 muchos mexicanos fueron tras los cuerpos de los chinos que habían sido fusilados en las calles para robarles lo poco que les quedaba, muchas veces quitándoles los zapatos porque se decía que ahí era donde escondían su dinero, otros entraron a los hogares y negocios de los chinos para llevarse cualquier cosa de valor que encontrarán. De esta manera, en la ciudad de Torreón—la cual tenía el barrio chino más grande y económicamente más próspero de México—se aprecia cómo de un día para otro se realizó la matanza de los chinos.

Se debe tomar en cuenta que en Torreón el día de la matanza también hubo mexicanos que intentaron ayudar a los chinos, escondiéndoles y permitiéndoles escapar a un lugar seguro. Algunos

mexicanos decidieron no llevar a cabo las órdenes de fusilamiento, ofreciendo a los chinos la oportunidad de huir y sobrevivir en las afueras de la ciudad mientras que otros en el centro de la ciudad se enfrentaron a los soldados que asesinaban a los chinos para ponerle un alto a sus acciones; cabe mencionar que esto ocasionó que fueran asesinados junto con los chinos. Por último, es necesario destacar que los chinos no fueron sujetos pasivos ante la violencia, la exclusión y el maltrato que recibieron por parte de las diversas clases sociales mexicanas y el gobierno local de Torreón. Chao Romero explica que la comunidad china de Torreón también reaccionó en contra de la sinofobia, “in resistance to widespread public hostility and racist laws, the Chinese immigrant community hired top-flight Mexican attorneys known derisively as ‘chineros’” (189).

A nivel internacional, el estado chino exigió al gobierno mexicano una recompensa económica por la pérdida de vidas y destrucción de bienes materiales. Inicialmente México les hizo creer que habría tal recompensa, ya que respondió de manera diplomática a las peticiones de la China; sin embargo, después de décadas e intentos de parte de China, el gobierno nunca asumió responsabilidad ni culpa por aquella masacre. De acuerdo a Herbert, después de la matanza en Torreón: “...lo que emergió no fue arrepentimiento, ni siquiera autocrítica, sino un permiso simbólico de transgresión: cualquier vejación contra los cantoneses tenía un antecedente histórico que no sólo justificaba sino que exculpaba la nueva atrocidad porque ésta era menos grave que la explosión de violencia canónica” (104).

Hasta el día de hoy, la muerte de los 303 chinos sigue impune. A partir de este aspecto Herbert traza una conexión con el presente mexicano: la muerte en este país es un acto que sigue impune desde hace más de un siglo. Como señala Herbert “los muertos: nombres que en México no han tenido, por parecernos exóticos, ni siquiera derecho a la memoria” (211). Aunque esto es en referencia a los chinos que fueron asesinados por los soldados mexicanos, también se extiende a los mexicanos que hoy en día siguen siendo asesinados, ya que el mismo autor incluye a lo largo de la crónica cómo la violencia actual en México se asemeja a la de la matanza. Un ejemplo de esto es la conversación que se lleva a cabo entre Herbert y un taxista:

—¿Tú sabes quién mató a los chinos? [...]

— Han de haber sido los Zetas, ¿no? Esos weyes son los que matan a todos. (91-92)

Es así como a lo largo de su crónica, Herbert muestra al lector que la investigación de la matanza de los chinos se vincula con la violencia actual en México causada por el narcotráfico, en el marco de una visión y léxico populares. Esto, de alguna manera, ejemplifica la crónica urbana tal como la entiende Rossana Reguillo, ya que Herbert narra las múltiples ciudades que han existido en una sola ciudad (57). A lo largo de su investigación, Herbert va en busca de los materiales, sitios y personas que le pueden permitir entablar y crear un discurso en torno al evento. En ese proceso, vuelve al sitio de la matanza, a las calles de la ciudad de Torreón. En ese recorrido, Herbert permite que se vislumbre en su crónica el presente de la ciudad. Es por eso que la crónica concluye cuando el autor cruza el puente de Ojuela que lleva a la Mina de Santa Rita en donde alguna vez los inmigrantes chinos trabajaron junto con los mexicanos.

El texto llega a su final con una serie de imágenes: los padres—Herbert y su esposa Mónica—con su hijo cruzando el puente de Ojuela; Herbert pensando en el peligro que corre su hijo después de cruzar el puente, a quien mientras cruzaban le lastima la pequeña mano al sujetarlo muy fuerte. Justo después de esta serie de imágenes, Herbert define su texto vinculándola al presente: “Esto es un *western*. Esta es la casa del dolor ajeno. Tomados de la mano, Mónica, Leonardo y yo cruzamos ese día no una ciudad, no La Laguna, no un pequeño genocidio, no el puente de Ojuela: el puente del horror. México, le llaman” (263). Así sobre ese mismo puente donde alguna vez pasaron los inmigrantes chinos para trabajar en la Mina de Santa Rita, Herbert sigue reflexionando hasta concluir con lo siguiente: “Sentí cómo se ataba en mi interior el primer nudo. Escribir este libro y entrevistar

a Manuel Lee Soriano y viajar a Ojuela comenzaron a enredarse y me trenzaron las tripas y se enlazaron como la estatua de los dos amantes que Evelyn Jamieson vio una vez en Torreón y se convirtieron en una sola cosa” (263).

Podría decirse que es aquí cuando Herbert hace la última conexión entre la matanza de Torreón y el presente, no como un escritor sino como un padre mexicano. Suspendido sobre ese espacio transitorio, Herbert llega al descubrimiento de que ese puente del horror para él se equipara con México. Toma conciencia de que él, al igual que su hijo —quien no sabe del peligro que hubo en ese mismo sitio hace más de cien años ni el horror del México actual—desconocen el por qué del presente debido a la inhabilidad de conocer el pasado. Además, en ese instante el autor simpatiza con la visión, registrada en su libro, de la extranjera Tulita Jamieson quien vivió en Torreón justo cuando estalló la Revolución Mexicana. Quizá esta referencia se debe a que ambos, Jamieson y Herbert, fueron incapaces de entender la historia en torno a la Revolución Mexicana y la matanza en Torreón, convirtiéndose en dos testigos extranjeros de este evento.

A diferencia de Herbert, Chao Romero no se encuentra en el sitio en donde se llevó a cabo la matanza de los chinos, ni mucho menos hace una reflexión sobre el pasado y presente nacional mexicano. El historiador se sitúa en el contexto del sur de California donde propone una expansión de los estudios culturales arraigados en temas chino-latinos para abrir vías de unificación entre las comunidades chinas y chicanas en los Estados Unidos. Según Chao Romero su investigación anticipa: “...the historical context for understanding contemporary Chino-Chicano identity and cultural relations, and represents a small but important step toward the development of the new field of Asian-Latino, or Chino-Chicano, studies” (197). En su estudio, al igual que en la crónica de Herbert, existe un énfasis en unir el presente con el pasado: en el texto de Chao Romero no es el pasado nacional mexicano, sino la necesidad de crear un discurso sobre la coexistencia de la comunidad china y mexicana en el sur de California. Chao Romero dice al respecto: “Within the past twenty years, cities of the San Gabriel Valley such as Alhambra, Monterey Park, Hacienda Heights, Rosemead, and El Monte have been transformed into Asian-Latino communities in which Chinese ancestry and Mexican ancestry populations make up the majority” (196).

La ubicación del historiador Chao Romero nos lleva a un terreno transnacional, se puede decir que la meta final de su análisis no es crear un contexto histórico en el cual se logre entender la larga historia de muertes impunes en México, como lo intenta Herbert, ya que claramente Chao Romero tiene como meta establecer la historia transnacional de chinos y mexicanos. Chao Romero logra hacer esto al destacar la experiencia china dentro de un contexto mexicano a finales del siglo XIX y al afirmar cómo esta dinámica continúa a principios del siglo XXI ya dentro de un contexto estadounidense. Chao Romero concluye que: “With the development of these interracial communities have come Chinese-Mexican racial tensions and conflict in the education and political arenas. Although few may realize it, these racial tensions are not new and have deep historical roots: the two groups have met before” (197). En sí, este deseo de establecer el pasado entre ambas comunidades para darle sentido al presente que él destaca en el sur de California se asemeja al intento de vincular el presente y el pasado señalado en la crónica de Herbert.

Ambos textos pueden entenderse no como intentos de rechazar la posibilidad de una verdad histórica sino como intentos frustrados por parte de Herbert y Chao Romero de desear encontrarla (Elias 166). Volviendo al concepto del deseo sublime de Elias se puede decir que ambos autores en su propósito de dialogar y re-escribir el pasado entorno a la matanza de los chinos, concluyen con un regreso al presente; un regreso a la ubicación de su experiencia actual en donde llegan a cierto entendimiento no del pasado, pero sí del presente en el que se ubican: Herbert en Ojuela y Chao Romero en el sur de California. Este proceso es precisamente lo que Elias entiende como una obsesión con la historia, la cual es una lucha por averiguar cómo funciona la historia, qué salió mal



en esta y cómo arreglarla. Esto se observa en el deseo de Chao Romero de intervenir en la definición convencional del mestizaje dentro de los estudios latinoamericanos y chicanos donde se ha excluido al chino. Chao Romero afirma: “One of the central implications of this book is that such traditional notions of mestizaje must be revisited and revised to account for the significant cultural contributions made by the Chinese to Mexican society and to the process of postrevolutionary Mexican racial formation” (196). Como el mismo autor lo indica más tarde en su texto, su meta es crear un espacio intelectual nuevo, un sitio que aún no existe pero que él desea crear.

De esta manera se puede ver cómo la búsqueda concluye en frustración, debido a que termina una y otra vez en un estancamiento de explicaciones alternas o en una recuperación de valores a las que el propio texto quiere renunciar (Elias, “Metahistorical” 165). Podría decirse que Herbert y Chao Romero inician una búsqueda primero acumulando textos y objetos para así reescribir el pasado finisecular mexicano, pero en este proceso ambos autores concluyen con cierta aceptación del pasado y dejan a un lado dicho intento de reescribirlo después de ver los objetos, sitios y rasgos vinculados con éste, ya que el propósito es lograr entrar en diálogo con “...the dead voices of the past in order to construct (not reconstruct, not understand) a new relation to the world around him and to his own self-understanding” (Elias, “Metahistorical” 170).

Entonces, siguiendo la lógica de Elias, se podría establecer que en el regreso de Herbert y Chao Romero al pasado para desestabilizar la historia oficial de la Revolución de México, vuelven al pasado una y otra vez, no en busca de una conciliación con éste, sino en busca de una apertura creativa para entablar un diálogo con esas voces del pasado que se escuchan.<sup>5</sup> Inclusive, es posible destacar cómo ambos autores después de elaborar su discurso a través de un proceso foucaultiano no quedan satisfechos debido al escepticismo con respecto a la visión sobre este nuevo entendimiento que ellos mismos han creado en torno a la matanza de chinos en Torreón. En sí se puede establecer que la realidad cultural discursiva creada por Herbert y Chao Romero no justifica, ni enjuicia las acciones de los soldados mexicanos, ni mucho menos re-escribe la matanza al imaginar un México finisecular a través de la sinofobia. Tanto Herbert como Chao Romero rescatan el mismo evento olvidado en un intento inicial de proveer una versión alterna a la historia oficial de la Revolución Mexicana, ambos autores concluyen dejando a un lado su propósito inicial, colocándose así no en ese pasado antes olvidado, sino en un presente arraigado cercanamente a su ubicación actual.

De esta manera se observa que ambos, al igual que el gobierno posrevolucionario, utilizaron ciertos hombres, hechos y objetos en el momento de recordar —lo cual implica olvidar— para escribir su versión de la historia. Esto les permitió explorar su conexión con la historia de la que no formaron parte para así desarrollar su propio entendimiento del evento y después, del presente. Sin embargo, el acto de interpretar, documentar y narrar este evento que fue tan público en su momento, hace que siga relacionado a los procesos de producción, diseminación y recepción en su respectivo contexto cultural.<sup>6</sup> Es decir, la crónica de Herbert se produce dentro de un sistema económico mexicano y se lee como parte de dicho contexto. Además, se convierte en un texto que forma parte de una tradición literaria hispanohablante, es decir, que el género de la crónica puede que se entienda como urbana o sociopolítica y el propósito de dicho texto es documentar un aspecto de la memoria oral.<sup>7</sup> Por otro lado, el estudio histórico de Chao Romero participa dentro del sistema económico y académico estadounidense, formando parte de una tradición angloparlante; quizá es

---

<sup>5</sup> Sobre este intento autoral de entablar un diálogo con las voces del pasado, ver “Metahistorical Romance, the Historical Sublime, and Dialogic History” de Amy J. Elias, p. 169.

<sup>6</sup> Ver Corona p. 141.

<sup>7</sup> Ver “Introduction” de Ignacio Corona y Beth E. Jörgensen en *The Contemporary Mexican Chronicle: Theoretical Perspectives on the Liminal Genre*, p. 10-11.

por eso que se escribe en forma de un trabajo histórico y en inglés. Es esto lo que puede ofrecer una explicación al por qué ambos escritores optaron por distintos géneros para indagar en un mismo evento, Herbert inclinándose por la crónica y Chao Romero mediante un trabajo histórico y académico.

Por último, debido a estas diferencias tanto de género, lenguaje y audiencia entre ambos textos podría decirse que la crónica de Herbert no se satisface con la enumeración de hechos ni emplea una visión romántica de dicho pasado como en el estudio de Chao Romero quien hace un llamado de paz y armonía entre los chinos y mexicanos que se encuentran en el sur de California. Al contrario, Herbert en su crónica intenta contar las historias de todos aquellos que se vinculan con la matanza de los chinos y él como mexicano también intenta dar cuenta de cómo su crónica puede utilizarse como un inicio a la visualización e inclusión de los chinos en el imaginario cultural mexicano. Los chinos bien podrían verse como un “mute group” ya que aunque formaron y siguen formando parte de la comunidad mexicana, para el mexicano mestizo ellos nunca serán vistos como portadores de la identidad nacional. Sin embargo, el intento de Herbert es el imaginar este evento desde un presente entre mexicanos, en el sitio del evento, y en Ojuela, en otras palabras, desde el centro y no al margen de la cultura.

Es en esa ubicación donde Herbert descubre que la sinofobia sigue vigente y seguirá siendo así. Además, podría decirse que los silenciados, los chinos asesinados por los soldados mexicanos, son a quienes Herbert intenta representar. Como cronista, de alguna manera Herbert representa una de las voces con la autoridad de darles visibilidad al tomar ventaja de su posición dentro de la cultura mexicana.<sup>8</sup> Sin embargo, aunque lo hace por medio de la crónica esto resulta ser ineficaz ya que no surge un cambio después de la creación de ésta. Deja entrever en la crónica que el logro de crear dicho discurso del evento es un acto fútil, ya que el mexicano del presente, al igual que el del pasado, sigue con la misma visión xenófoba. Es esa la conclusión a la cual arriba Herbert, la cual ejemplifica la afirmación de Corona respecto a una visión práctica de la crónica: “...the chronicle may only be a journalistic or literary ‘artifact,’ and not an essential component of a scientific endeavor” (141). Tomando en cuenta que la crónica viene de un espacio público y de un sitio no académico, se debe establecer como ésta “...cannot claim the status of knowledge or information-producing agent, regardless the wealth of acute observations and the richness of cultural perspectives articulated in its text” (141). Sin embargo, tanto la crónica de Herbert como el estudio de Chao Romero permite darle visibilidad a un evento atroz del pasado para lectores en el presente. En los dos textos existe una inmensidad de observaciones del pasado y ricas perspectivas culturales enfocadas en diferentes aspectos de la matanza de chinos. Se trata, como lo sugiere con pesimismo la crónica de Herbert, de un evento que ha sido olvidado por la historia oficial mexicana y por los mismos ciudadanos mexicanos.

---

<sup>8</sup> Ver “Border(line) Texts: The Chronicle, Writing in the Open” de Rosanna Reguillo en *The Contemporary Mexican Chronicle: Theoretical Perspectives on the Liminal Genre*, p. 56.

## OBRAS CITADAS

- Corona, Ignacio and Beth E. Jörgensen. *The Contemporary Mexican Chronicle: Theoretical Perspectives on the Liminal Genre*. SUNY P, 2002.
- Corona, Ignacio. "At the Intersection: Chronicle and Ethnography." Corona and Jörgensen, pp. 123-156.
- Cumberland, Charles C. "The Sonora Chinese and the Mexican Revolution." *The Hispanic American Historical Review* 40.2 (1960): 191. [https://www.jstor.org/stable/2510021?seq=1#page\\_scan\\_tab\\_contents](https://www.jstor.org/stable/2510021?seq=1#page_scan_tab_contents)
- Elias, Amy J. "Cyberpunk, Steampunk, Teslapunk, Dieselpunk, Salvagepunk: Metahistorical Romance and/vs the Technological Sublime." *Metahistorical Narratives and Scientific Metafictions: A Critical Insight into the Twentieth-Century Poetics*. Editado por Giuseppe Episcopo. Edizioni Cronopio, 2015, pp. 201-220.
- . "Metahistorical Romance, the Historical Sublime, and Dialogic History." *Rethinking History*<sup>[17]</sup><sub>[Sep]</sub>, Vol. 9, No. 2/3, June/September 2005, pp. 159 - 172.
- . "Introduction." *Sublime Desire: History and Post-1960s Fiction*. Baltimore: Johns Hopkins UP, 2001, pp. xvii-xxviii.
- Herbert, Julián. *La casa del dolor ajeno: Crónica de un pequeño genocidio en la Laguna*. Literatura Random House, 2015.
- Hernández, Javier Moro. "¿Por qué unos muertos o una masacre sí importan? / Entrevista a Julián Herbert acerca de *La casa del dolor ajeno*" *La Jornada Aguascalientes (LJA.mx)*. N.p., 13 July 2016. <http://www.lja.mx/2016/07/por-que-unos-muertos-o-una-masacre-si-importan-entrevista-a-julian-herbert-acerca-de-la-casa-del-dolor-ajeno/>. Aug. 2016.
- Jacques, Leo M. Dambourges. "The Chinese Massacre in Torreon (Coahuila) in 1911." *Arizona and the West* 16.3 (1974): 233-46. *JSTOR*. [http://www.jstor.org/stable/40168453?seq=1#page\\_scan\\_tab\\_contents](http://www.jstor.org/stable/40168453?seq=1#page_scan_tab_contents). 13 julio 2016.
- Jörgensen, Beth E. "Matters of Fact: The Contemporary Mexican Chronicle and/as Nonfiction Narrative." Corona and Jörgensen, pp. 71-94.
- Lee, Erika. "The Chinese in Mexico, 1881-1940 by Robert Chao Romero." Review. *Pacific Historical Review* Nov.-Dec. 2011: 644-45.
- Medina, Dante. "Patience and Urgency." Corona and Jörgensen, pp. 47-50.
- Reguillo, Rossana. "Border(line) Texts: The Chronicle, Writing in the Open." Corona and Jörgensen, pp. 51-60.
- Reyes, Felipe. "La casa del dolor ajeno: el relato de una masacre." *Diario y radio U Chile*. N.p., 05 July 2016. <http://radio.uchile.cl/2016/07/04/la-casa-del-dolor-ajeno-el-relato-de-una-masacre/>. 16 Aug. 2016.
- Romero, Robert Chao. *The Chinese in Mexico: 1882-1940*. U Arizona P, 2010.
- Suau, Nadal. "La casa del dolor ajeno." *El Cultural*, 7 agosto 2016. <http://www.elcultural.com/revista/letras/La-casa-del-dolor-ajeno/38339> . 18 septiembre 2016.